

A PESAR DE TODO JAMAS DEJO DE ACUDIRSE
AL ULTRAJANTE SISTEMA DE COGER LEVA

En lo tocante al bochornoso y vejatorio sistema de "coger **leva**", para proveer de carne de cañón al ejército; el gobierno de Maximiliano, a despecho de su aparente renitencia, no prescindió jamás del reclutamiento forzoso. "La **leva**, especie de presa militar, subraya Kératry, había sido anteriormente abolida por la regencia, obediente a una inspiración del mariscal Forey; el Imperio había ratificado la formal prohibición de recurrir a este sistema inhumano y brutal para reforzar las filas del ejército mexicano. A despecho de todo, la **leva** era cogida aún. Indios tomados a la fuerza por los **hacenderos**, la hez de la sociedad mexicana sacada de las prisiones públicas, esos eran los pobres elementos que los prefectos políticos de las provincias se obstinaban en poner a disposición de los comandantes franceses; con lo que se podrá comprender lo que nuestros propios voluntarios, que tenían dignidad personal, deberían sentir al codearse en sus filas con compañeros de armas que habían trocado la cadena por el fusil..."

El comandante del recién organizado batallón de "cazadores", en carta que dirige al mariscal Bazaine por 15 de septiembre de 1866, se le queja amargamente del reclutamiento compulsivo: "Acábase de adoptar el reclutamiento por la **leva**, a pesar de las instrucciones del Emperador. En tal virtud, el comisario imperial Iribarren, pretendía dejar encomendados a mi custodia y manutención a seiscientos juaristas, todos ellos prontos, como nadie aquí lo ignora, a volverse contra nosotros en la primera oportunidad, y esto en el momento en que debemos evitar a toda costa armar en el interior a cierto número de enemigos... Por lo demás, no acertaría yo a aceptar el mando de soldados de **leva**, prisioneros que es preciso conservar a la vista noche y día, en el combate como dentro de las poblaciones. Con un reclutamiento de esa especie, la misión de organizar y de instruir, es imposible..."

"Declárome, pues, incapaz de mandar un cuerpo sometido a reclutamiento semejante; y esta declaración, señor mariscal, me la impongo como un deber, para rogaros os sirváis retirarme el mando del... **batallón de cazadores**".

Y, en otra carta, del 23 del mismo mes y año, el remitente avisa a Bazaine: "Se ha echado **leva** para formar la guardia,

a lo que cada habitante debía cooperar. Pero muchos de ellos se eximieron mediante algunos pesos. Solamente nos llegan vagos, enemigos declarados a quienes ha sido necesario mantener en reclusión..."

MUY POCA SIMPATIA INSPIRABAN AL ARCHIDUQUE
LOS SOLDADOS MEXICANOS QUE LE ERAN ADEPTOS

"Propiamente hablando, el ejército nacional no existía; al menos no era sino una aglomeración sin consistencia de hombres que obedecía a tal o cual jefe, y que no había sido posible someter a una centralización enérgica de mando y administración; excepto las divisiones Mejía y Márquez, las tropas mexicanas se empleaban en las expediciones como un agregado a las columnas francesas", afirma Niox.

El mismo agrega que, a Maximiliano: "Los soldados mexicanos le inspiraban poca simpatía. Los indios enclenques, desmañados, mal vestidos, tenían, en verdad, una triste apariencia militar, y no ofrecían nada que pudiese halagar el amor propio de un soberano; así es que se había cuidado poco de saber qué partido podía sacar de esas pobres gentes. En cuanto a los oficiales, lo que de ellos había oído decir, lo que había visto por sí mismo, no era a propósito para corregir la mala impresión producida por el aspecto exterior de los soldados. El emperador Maximiliano tenía, pues, en poca estima al ejército mexicano: lo desatendió, y el día que se ocupó de él, sólo fue para arruinar la poca organización que poseía, y reducir su efectivo, so pretexto de que costaba demasiado".

"El 7o. batallón de línea enviado a Yucatán, se componía, según informe del general Casanova, de dos oficiales superiores, doce subalternos más o menos capaces, que no tenían sable ni pistola, diez sargentos, seis cabos, sesenta vagabundos varias veces condenados y ciento quince deportados; así es que aquel jefe, que debía conducir dicho batallón, se rehusaba a partir si no se le hacía acompañar y guardar por otra tropa de efectivo igual al menos".

PERO A PESAR DE TODO LOS INDIVIDUOS DE TROPA
ADMIRABAN POR SU FRUGALIDAD Y POR SU VALOR

Y, sin embargo, Alberto Hans, el oficial francés que sirvió en el ejército de Méndez, en Michoacán, y después hasta la

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
M. A. N. L.

caída de la plaza de Querétaro en manos de los patriotas, y quien convivió con los forzados del imperio; exalta las cualidades combativas, la resistencia para las penalidades y las privaciones, el valor en el combate, llevado en veces hasta la temeridad, y la abnegación de estos infelices enganchados por la violencia en las filas de los defensores del intruso archiduque.

Así se expresa ese autor, del coronel Juan Berma, defensor de la plaza de Zamora, Mich., en los siguientes párrafos que extraemos precisamente de la obra que dedica al epílogo de la loca aventura imperial: "Este rechazó a los liberales; pero habiéndole faltado las municiones, se abrió paso por entre los sitiadores, con la guarnición, y fué, **marchando de la manera que sólo los mexicanos saben marchar**, a unirse a las tropas concentradas en Morelia".

En otro lugar, recalca: "Yo quería mucho a aquellas buenas gentes. El soldado mexicano es dulce, humilde y servicial; desprecia la muerte y soporta las fatigas y las privaciones con un estoicismo increíble. Adicto a sus oficiales cuando le tratan bien, está dotado de una obediencia pasiva y ejemplar".

En suma, el infeliz "juan", era, mientras no conseguía escapar de su brutal dominio, materia dócil en las ensangrentadas manos de sus jefes, que entregaban a la Patria al yugo extranjero; y los que no se distinguían ni por su pericia militar, ni por otras prendas, y eran vistos con recelo y hasta con repugnancia aun por aquellos mismos a quienes habían jurado sostener en su insensata empresa.

Clara idea de lo que venimos aseverando, nos la da la cláusula 5a. del tratado de Miramar, suscrito por Maximiliano al representar la comedia de que aceptaba el cetro.

Explícitamente y sin paliativos, ese apartado declaraba que, en caso de expediciones combinadas de tropas francesas y mexicanas, "los mandos de estas tropas pertenecerán al comando francés".

EL INJERTO DE LA FEROCIDAD FRANCESA CON LAS DEL PAÍS PRODUJO UNA GUERRA ESPANTOSA

Por cierto que los expedicionarios no se distinguían tampoco ni por la templanza, ni por el humanitarismo, ni por la nobleza hacia los vencidos. Su impasible crueldad se injertaba en

la sanguinaria ferocidad ancestral, refinada en la conjunción de dos razas, ambas tan despiadadas en las guerras como en los ritos religiosos —lo mismo en las exorbitancias fenomenales de la Inquisición que en las ceremonias de los cultos precortesianos, multiplicábanse los sacrificios humanos.

Ferocidad de los nuevos intrusos que, entrelazada a la ferocidad hispana —por añadidura entre los cabecillas imperialistas había no pocos iberos—; a la indígena, a la criolla, a la mestiza, engendró una monstruosamente despiadada guerra de exterminio.

Eterna memoria de la implacabilidad de los franceces queda, independientemente de cortes marciales y de contraguerrillas asoladoras, con la concluyente circular de Bazaine, a que antes hacíamos referencia.

"Las represalias han venido a ser una necesidad —reza— y un deber. Todos esos bandidos, incluyendo sus jefes, han sido puestos fuera de la ley por virtud del decreto imperial —el terrible y fulminante de 3 de octubre de 1865—. Ruego a usted que haga saber a las tropas que están a sus órdenes que **no admito que se hagan prisioneros**. Todo individuo, cualquiera que fuere, que sea cogido con las armas en la mano, será fusilado. En lo sucesivo, no se hará canje alguno de prisioneros. Es preciso que nuestros soldados sepan que no deben entregar las armas a semejantes adversarios. **Es una guerra a muerte, una lucha hasta el último extremo**, entablada entre la barbarie y la civilización. **Hay que matar o hacerse matar**".

Praviel, subraya: "Se reanudó la guerra con un carácter particularmente implacable. Los juaristas habían fusilado al coronel Friquet y a ocho soldados. —Invasores del suelo patrio, advertiremos nosotros—. El coronel imperialista Ramón Méndez hizo pasar inmediatamente por las armas a los generales Artega y Salazar, a los coroneles Díaz y Villagómez y al comandante González. Salazar, descubriendo el pecho y mostrando a los soldados su corazón, les gritó: "¡Aquí, traidores!" Escenas de puro salvajismo, que allí se prolongaron durante mucho tiempo. Lo más lastimoso es que el verdugo se vió de pronto promovido al grado de general de brigada".

MILITARES Y POLITICOS CLERICALES MOSTRABAN
UNA OPROBOSA SUMISION A SUS AMOS DE FUERA

Ya se ve cómo, a despecho de la ignominiosamente humillante situación en que los conservadores habíanse colocado, con respecto a sus por ellos escogidos amos extranjeros, y de su poco efectiva colaboración para el triunfo definitivo de la causa intervencionista; solidarizábanse sin chistar con cuantas disposiciones éstos dictaban. A reserva, como hemos dicho, de murmurar de algunas de ellas en la rejilla del confesionario o en cabildeos de sacristía.

Pues lo que a toda costa les importaba, era el exterminio de los patriotas que, muchas veces apenas si cubiertos de andrajos y sin más armas que los puños desnudos, sostenían enhiesta la bandera de la libertad.

Cuando, para refrendar las penas decretadas por la bárbara ley de 3 de octubre de 1865, expedida por Maximiliano a sugestión de Bazaine, y avalada por la firma de sus ministros Ramírez, Robles Pezuela, Esteva, Peza, Escudero y Echánove, Siliceo y César —todos ellos **mexicanos**—; el mariscal giraba la circular a que nos hemos referido, en que prohibía a sus tropas hacer prisioneros y les imponía la obligación de ejecutar a cuanto republicano —según él bandidos— capturaran con las armas empuñadas; el ministro de la guerra, Peza, lanzó a su vez a las odiosas cortes marciales, la conminación de que, aquellas "que no desplegaran la mayor actividad y energía en el cumplimiento de aquella terrible ley, serían responsables por una lenidad y clemencia que repugna la civilización, la humanidad y la moral (!)".

Como es fácil conjeturar, los sostenedores del imperio, descritos ya a maravilla y en lacónicas palabras por el general Díaz, conocían a fondo su propia condición moral, y recelábanse unos de otros. En una palabra, semejantes a ladrones de una misma gavilla que constantemente se mantienen ojo avizor, temerosos de que sus propios compinches les maten, les entreguen o les despojen; han de haber permanecido en perpetua alarma, por las asechanzas de que sus colegas en la siniestra aventura pudieren hacerles víctimas.

Así es como, en la hora del peligro, desaparecía de su ánimo todo escrúpulo, toda consideración ética, todo principio de honor.

ECHARON EN OLVIDO QUE UN INDOMABLE PUEBLO
PREFIERE ANTES MORIR QUE SER AVASALLADO

Exhibida quedó, pues, aquí la triade tenebrosa y funesta que formaron las corporaciones intervencionistas, en indestructible alianza desde que se derrumbó el otro vano trono del que poco más tarde debía convertirse en el ajusticiado de Padilla: partido católico, clero y ejército reaccionario; o, lo que es lo mismo, esclavizadora insidia, idolátrica superchería y desorbitado vandalismo.

Triade que, acuciada por desorbitados cuanto reprobables apetitos, aferrábase a la idea de llevar al triunfo en México, el establecimiento de una monarquía encabezada por un príncipe europeo, con el apoyo de las armas extranjeras. Príncipe que, en suma, no debería ser más que el emperador fantoche subordinado a Napoleón III, que lo accionaría a su sabor y a su antojo; con la facilidad con que los ágiles y diestros dedos del juglar mueven los ocultos hilos del jiboso, deforme y grotesco Polichinela.

El anatema de la posteridad, "de los hombres libres, no de los otros", entiéndase bien, ha caído desde hace mucho tiempo, inapelable, sobre aquellas clases —sacerdotal, capitalista, pretoriana—. Porque si, a despecho de un proceder incalificable, no consiguieron ver realizados sus infandos designios, sí, en cambio, atrajeron sobre la Patria los más pungentes, dramáticos y agobiadores duelos, y en ello perseveraron, a lo que su historia nos recuerda, desde que México se emancipó del despótico, cruel y sofocante poderío español.

Y si fracasaron, fué porque no contaban con que, frente a ellos, frente a los poderosos ejércitos de Napoleón III, frente al vástago de la estirpe secular de los Hapsburgo, iba a erguirse un pueblo indómito, que, estimulado por el más heroico y puro patriotismo, estaba resuelto antes a perecer que a ser avasallado.

Así fué como tartufos, mojigatos y bastardos, —de los que en ese sucio monopodio hubo superabundancia—, que tramaron en Europa, al amparo del fanatismo histórico de Eugenia, la infame intriga, salieron vencidos a la postre.

Toque ahora su turno a esos "mexicanos" execrables.